

Harri Meier critica la mayoría de los puntos de vista de los demás estudiosos; reduce en general la importancia de varios factores de diferenciación y acentúa sobre todo el factor del distinto origen dialectal de los colonizadores (subrayado también por Menéndez Pidal en lo que se refiere a los ya señalados fenómenos de tipo "osco-umbro" en Italia meridional y en el Nordeste de España) y el de las corrientes de romanización, dependiente de los centros de irradiación de la colonización y de la división administrativa romana. Es decir que acepta, esencialmente, el principio de Griera, aunque aplicándolo de distinta manera. En efecto, a pesar de la demostración de la antigua unidad lingüística de Hispania, que se extendía de Portugal hasta Cataluña a través del Centro y el Sur de España (demostración hecha magistralmente por Ramón Menéndez Pidal en sus "Orígenes del Español"), Meier logra reunir una serie de características y correspondencias cuyos comienzos pueden hacerse remontar hasta una época muy antigua, como resultados de dos corrientes de romanización: una con el centro en el Nordeste de Hispania, en la región romana llamada Tarracensis, y otra con el centro en la Bética: la individualidad del catalán quedaría delineada por las características de la corriente tarracense y la del portugués por las de la corriente bético-lusitana, mientras en el español confluirían resultados de las dos corrientes. (Veremos luego que, en efecto, el español está de acuerdo en algunos aspectos con el catalán y en otros con el gallego-portugués). Harri Meier atribuye tanta importancia a los aspectos dialectales del latín de la colonización (latín de Italia) que llega hasta a postular - sin mucha necesidad, según nosotros - la existencia de un tercer tipo de latín, además del latín "clásico" y del latín "vulgar": el latín dialectal. Meier admite como probable, con Meillet, que "au IIIe. siècle après J.-C., il y avait encore un Latin un, parlé seulement avec de accents un peu différents d'une province à l'autre"; pero observa que este latín no era el único que existía en las provincias, que había, además, un "fondo lingüístico regionalmente diferenciado" y que el romance

no surgió, en gran parte, del latín de que habla Meillet sino que es, justamente, "una continuación . . . de aquel fondo dialectal de la época imperial".

.O-O-O

Hemos dicho que todos los factores indicados deben haber contribuido en alguna medida al fraccionamiento del llamado latín "vulgar". Sin embargo, ellos, justamente, son sólo "factores", circunstancias, condiciones, aspectos particulares de la fragmentación romance, razones de fenómenos particulares de diferenciación, pero no constituyen la razón íntima, la "causa causans" de la diferenciación misma como fenómeno general: se pueden comparar con fermentos latentes e inócuos que en cierto momento encontraron las condiciones óptimas para su desarrollo y su acción, aun sin haber provocado ellos mismos dichas condiciones. La razón verdadera y profunda del fraccionamiento del latín fué la decadencia de la cultura latina. Una lengua común es un hecho de cultura, refleja un estado de cultura y, mientras esa cultura vive y prospera, la lengua se mantiene más o menos unitaria, aunque matizada social y regionalmente. Los matices regionales y sociales, siempre existentes en cualquier lengua "viva", no afectan la unidad de la lengua común, que es siempre el modelo, la norma ideal de los hablantes, aun cuando se realice de distinta manera y con distinto grado de perfección en cada uno de ellos. No sólo, sino que, mientras una lengua común es expresión de una cultura viva, ella tiene el poder de asimilar regionalismos, dialectismos, vulgarismos, innovaciones y darles dignidad nacional. Pero una lengua común se alimenta, se mantiene y se renueva mediante la literatura y la instrucción, refleja una determinada mentalidad y determinados ideales y tiene un modelo en el habla de una clase social, de un centro de gran prestigio, en obras de grandes autores.

Ahora, todos esos fundamentos, todas esas linfas vitales, empiezan a faltarle al latín en la época de que nos ocupamos. En efecto, en los primeros siglos después de Cristo se asiste a una

progresiva decadencia de la cultura latina, a profundos cambios en la tradicional mentalidad romana, al derrumbe de los ideales clásicos de vida. El Imperio se orientaliza y se germaniza; la severidad y la sobriedad romanas ceden el paso al fasto, al relajamiento de las costumbres, a los ideales mezquinos; la vieja aristocracia romana decae moral y espiritualmente y al mismo tiempo económicamente, perdiendo toda estabilidad: las guerras continuas, la colonización de provincias ricas, los favoritismos, crean una nueva aristocracia de la riqueza y del dinero, culturalmente inferior y heterogénea. La instrucción pierde su prestigio y decae; la literatura latina no crea más obras capaces de otorgar ciudadanía y dar difusión nacional a las innovaciones. Por lo tanto, éstas quedan sólo en la lengua hablada y se difunden oralmente sin ninguna consagración de carácter general. Al mismo tiempo, por la falta de instrucción y la inestabilidad de las clases sociales, disminuye cada vez más el número de los que tienen clara conciencia de la norma ideal de una lengua común y muy pronto éstos no logran más imponer su criterio y realizar la necesaria tarea de continua selección de las innovaciones y - prueba de su impotencia e ineficiencia - optan por refugiarse entre los cánones lingüísticos de la época áurea, ciceroniana. El único gran movimiento animado por un gran ideal fué, en esa época, el cristianismo, el cual, ciertamente, no fué en sus comienzos un movimiento "aristocrático" (desde el punto de vista lingüístico), sino más bien un movimiento de las clases humildes, que se presentaba con una doctrina de humildad y que, además, acogía en sus filas y tenía entre sus promotores muchos extranjeros (particularmente griegos). Por eso, aun cuando haya serias dudas - según afirman varios autores - acerca de la posibilidad de distinguir un latín propiamente "cristiano", no se puede ignorar el profundo influjo "popularizador" que el cristianismo ejerció sobre el latín hablado.

Por todo lo expuesto, era inevitable que ocurriera lo que, en efecto, ocurrió, es decir que el latín hablado se "vulgarizara" y simplificara cada vez más, alejándose de los modelos clásicos.

Pero, con todo, si el Imperio hubiese seguido fuertemente centralizado, si Roma hubiese mantenido su prestigio de "caput mundi" y sus constantes relaciones con las más remotas provincias, la lengua latina hablada habría probablemente mantenido su relativa unidad: habríamos comprobado una decadencia estilística (la lengua del Imperio se habría "popularizado" con la de la capital), pero no un fraccionamiento lingüístico. En cambio, por razones y en circunstancias que ya se han señalado, Roma anduvo perdiendo de a poco su prestigio en el Imperio, frente a la iniciativa cada vez mayor de las provincias, en campo no sólo político sino también económico y cultural. Con la decadencia de Roma, se desconoció también el criterio lingüístico romano y cada provincia empezó a elevar a modelo su peculiaridad regional, que antes era sólo un matiz dentro de la lengua común. De esta manera, los dialectismos itálicos, los vulgarismos, los arcaísmos que los colonizadores habían llevado a las provincias, los elementos indígenas que el latín provinciano había acogido, particularmente en el vocabulario, no se anduvieron eliminando gradualmente, como normalmente ocurre cuando existe una sólida unidad cultural, un ideal de lengua común y una norma lingüística super-regional, sino que, al contrario, arraigaron y se difundieron cada vez más, como aspectos característicos de la individualidad de las provincias. Asimismo, las innovaciones partidas de centros regionales no quedaron como simples matices y no esperaron la consagración de un centro super-regional (sobre todo cuando los centros provincianos llegaron a ser superiores a Roma, política, económica y culturalmente), sino que se difundieron en territorios cada vez más vastos, imponiéndose en la misma lengua común. En efecto, mientras hasta cierta época (mas o menos en el período que va desde Augusto hasta Diocleciano), Roma mantuvo la iniciativa lingüística en el Imperio, después de esa época la iniciativa pasa a las provincias, acentuándose, por consiguiente, los movimientos centrífugos dentro del latín hablado, pues cada una de las innovaciones provincianas tiene un distinto rayo de difusión. Se verificaron de esta manera las primeras fracturas efectivas en la relativa unidad del llamado

latín "vulgar", fracturas que, luego, la constitución de varios estados sobre las ruinas del Imperio Romano consolidarían y volverían definitivas.

A la iniciativa de las provincias hay que atribuir, según Walter von Wartburg, fenómenos como la sonorización de las sordas intervocálicas y la palatalización de las velares k, g.

En efecto, ya en el siglo II encontramos en una inscripción de Iberia imudavit en lugar de immutavit (d por t intervocálica). En el siglo sucesivo, los ejemplos aumentan y encontramos también b por p intervocálica. Este fenómeno de sonorización de las oclusivas sordas intervocálicas fué, según el estudioso suizo, una innovación que salió del Oeste, particularmente de Iberia, se difundió por Galia, los países alpinos e Italia septentrional, y alcanzó a conquistar parcialmente también la Italia central, pero que no llegó a Córcega, Cerdeña, Italia Meridional y Dacia. Tal fenómeno, ocurrido todavía en edad pre-romance, opone hasta hoy el español al italiano literario (toscano), en palabras como: saber-sapere, fuego-fuoco, poder-potere, mudar-mutare, seguro-sicuro, etc. (Pero también en toscano encontramos casos de sonorización como: acu > ago, locu > luogo; cf. rum. ac, loc).

Análogo es el caso de las velares (en particular de la k), sólo que aquí la innovación debería haber partido de Galia, para llegar luego a conquistar casi toda la Rumania, menos la Dalmacia meridional, Cerdeña y Córcega, que mantuvieron la pronunciación antigua, y la Dalmacia septentrional, donde la innovación se afirmó sólo parcialmente. En efecto, mientras en Galia septentrional la k se palatalizó, tanto delante de e, i como delante de a (cf. caelum > fr. ciel, cilium > fr. cil, canem > fr. chien), la casi totalidad del resto de Rumania (esp., port., prov., ital. rum.) palatalizó el mismo sonido sólo delante de e, i y la Dalmacia septentrional sólo delante de i; Dalmacia meridional y Cerdeña (y también Córcega, en la época pre-romance a la que nos referimos) no palatalizaron en ninguna posición, manteniendo intacta la velar.

O-O-O.

De todos modos, lo que queda establecido sobre la base de los hechos hasta aquí indicados, y de muchos otros hechos análogos, y sobre todo después de los estudios degeolinguística, que revelan toda una serie de "ondas de innovación" en marcha desde distintos centros, es que la idea de una total nivelación idiomática en la época imperial ya no puede aceptarse. Hay que admitir, en cambio, la existencia en el latín hablado de toda una serie de fermentos innovadores; fermentos que, según Walter von Wartburg, darían sus primeros resultados importantes ya en el siglo III d.d. C. Ya en ese siglo, una importante frontera - correspondiente aproximadamente a la línea Spezia-Rimini, es decir, a la línea que separa la Italia continental (septentrional) de la Italia propiamente peninsular (centro-meridional) - dividiría el Imperio en dos zonas lingüísticas con características bien determinadas: al Norte y Oeste de dicha línea (Galia Cisalpina, Recia, Galia, Iberia, África) se conserva la s final, las oclusivas sordas intervocálicas se vuelven sonoras (como también la s intervocálica), el plural se hace con la forma latina de acusativo; al Sur y Oriente de la misma línea (Italia centro-meridional, Iliria, Mesia, Dacia), no se conserva la s final, el plural se hace con la forma latina de nominativo, la s y las oclusivas sordas intervocálicas se conservan como sordas. Quedarían fuera de las dos zonas, con peculiares características conservativas, las islas de Córcega y Cerdeña. Otras fronteras secundarias se delinearían al mismo tiempo en la Romania occidental: una, la de kt > xt (debida al substrato céltico), que abarca Iberia y Galia pero no llega a incluir toda la Galia Cisalpina (Italia septentrional); otra, la de u > ū (o de u que tiende a ū, debida a substrato propiamente gálico), que abarca sólo la Galia septentrional. Tal fisonomía lingüística se modificaría (en particular en Italia, por lo que concierne a la importancia de la línea Spezia-Rimini), se definiría y estabilizaría, más tarde, por obra de los Germanos y como efecto de la constitución de estados germánicos sobre las ruinas

del Imperio de Occidente. La acción de los Germanos será en algún caso muy profunda, como en la Galia septentrional (donde se llegará a una efectiva mezcla de poblaciones celta-latinas y francas y a un verdadero bilingüismo latino-germánico), o simplemente externa, pero importante para la definición de las fronteras lingüísticas (dado que dentro de cada uno de los nuevos estados germánicos se llegaría a una nivelación idiomática hasta hacer coincidir las fronteras lingüísticas con las políticas), como en las demás provincias. La diversa índole de la acción de los Germanos explicaría, en particular, las notables peculiaridades del francés, pues en su territorio (Galia septentrional) los Germanos (Francos) se establecerán como pueblo, mientras que en el sur de Galia, en Hispania y en Italia lo harán sólo como clase dirigente político-militar. La frontera entre la langue d'oïl y la langue d'oc en la antigua Galia correspondería aproximadamente al límite meridional de la compacta colonización franca: al sur de esa línea, los Francos se establecerán en número menor y con los otros Germanos (Godos), que tendrán su capital sucesivamente en Tolosa, Barcelona y Toledo, no se llegará nunca a una verdadera mezcla de poblaciones; tal circunstancia explicaría las isoglosas conservativas que unen hasta la actualidad Iberia y Galia meridional, oponiendo esas regiones a Galia septentrional.

La agrupación románica indicada por Wartburg como primera y fundamental coincide, prácticamente, con la distinción ya tradicional entre Romania Occidental y Romania Oriental. Pero, naturalmente, eligiendo otras isoglosas, históricas o actuales, cuyos comienzos se pueden hacer remontar hasta la fase pre-romance, se pueden delinear con suficiente justificación otras agrupaciones distintas como, por ejemplo: a) Dacia sola, por un lado, y el Occidente más Italia, por el otro (considerando el peculiar vocalismo del romance de Dacia y también el hecho de que, después del aislamiento de esa provincia, ella no participó más en ^{las} nivelaciones e innovaciones en que participó, en cambio, Italia, con todo el Occidente); b) una zona meridional, caracterizada particu-

lamente por el substrato osco o por dialectismos oscos (Iberia, Italia centro-meridional, Dacia), y una zona septentrional (Galia, Dacia, Italia del Norte), caracterizada sobre todo por el substrato céltico. Asimismo, dentro del Occidente, podemos distinguir:

a) una zona atlántica (gallego-portugués, francés) y una zona mediterránea (español, catalán, provenzal, italiano tirrénico); o, dejando de lado Italia: b) una zona profundamente innovadora (Galia septentrional, o sea territorio del francés propiamente dicho) y una zona más bien conservadora (Iberia y Galia meridional: gallego-portugués, asturiano-leonés, castellano, navarro-aragonés, catalán, gascón, provenzal). Por lo que concierne a esta última distinción, señalamos que la afinidad entre aragonés, catalán, gascón y provenzal (dialectos correspondientes aproximadamente al territorio ocupado por los antiguos Aquitanos) ha sido subrayada en particular por G. Rohlfs. Y, dado que se trata de una afinidad sobre todo conservativa, se podrían agregar al mismo grupo (pero ya independientemente del substrato aquitano) el gallego-portugués y el asturiano-leonés, quedando, de esta manera, el castellano como el dialecto más innovador entre los conservadores (con respecto al francés). Tal es, en esencia, la tesis fundamental de Ramón Menéndez Pidal en sus "Orígenes del español" y a conclusiones análogas llega Amado Alonso, al estudiar la subagrupación románica del catalán. Observa Amado Alonso que en toda la Romania occidental una línea divisoria neta existe sólo en Francia - la línea correspondiente a la franja de isoglosas que separa los dialectos franceses propiamente dichos de los dialectos de la langue d'oc-, mientras entre los demás dialectos (excluyendo, naturalmente, las zonas de reconquista en Iberia) el pasaje es gradual y casi insensible. En efecto, el francés presenta tantas características peculiares por sí solo que debe considerarse separadamente dentro del conjunto románico occidental: el francés modifica profundamente el vocalismo que hereda del latín "vulgar", desarrollando distintamente las vocales según se encuentren en sílaba abierta o en sílaba cerrada; en los grupos de vocal + cons.nasal, nasaliza la

vocal y pierde la consonante; pierde todas las sonoras intervocálicas, menos la labial, que se conserva como y (cf. maduro-mūr, seguro-sūr, vida-vie; pero: saber-savoir): características, todas éstas, que lo distinguen netamente de todos los demás romances occidentales, inclusive del provenzal.

o-o-o

También podemos distinguir ya desde la época pre-romance ciertas características específicamente hispánicas.

En primer lugar, Iberia resiste al celtismo mejor que Galia y mucho más que Galia septentrional: tal "resistencia al celtismo" (y, en general, aunque, quizás, en menor medida, a los demás substratos pre-latinos) se puede entender también en el sentido de que fué romanizada más profundamente que Galia y, en particular, más profundamente que el Norte de esta última provincia.

En segundo lugar, Iberia aparece en general más conservadora que el resto de Romania Occidental (coincidiendo, en esto, con el latín de África, que tuvo, indudablemente, cierto influjo sobre el latín hispánico), lo cual se puede comprobar sobre todo en el vocabulario (así, por ej., el latín hispánico conserva avis, comedere, metus, formosus, fabulare (cl. fabulari), fervere, no aceptando, como el francés y el italiano, los más recientes o más vulgares aucellus, manducare, pavor, bellus, parabolare, bullire), pero también en fenómenos sistemáticos de gramática (como el hecho de mantener la distinción entre tres pronombres demostrativos: éste, ése, aqué, que en francés no se conserva y en italiano se conserva sólo parcialmente). Parece que, como observa Jud, Iberia debió afirmar muy temprano (es decir, ya en época latina) una individualidad muy peculiar, opuesta a Galia e Italia, y que se manifiesta en particular en el léxico: quizás como resultado de lo que Wartburg llama "el individualismo ibérico" (pero tal expresión es, tal vez, preferible entenderla como definición a posteriori de una serie de peculiaridades, más bien que como indicación de una ra-

zón de las mismas).

Dentro del conjunto ibero-romance - conjunto, en general, conservador - el castellano aparece como el dialecto más innovador (aunque no tan innovador como el francés), ya sea aceptando innovaciones ajenas, procedentes de centros situados a Oriente, a Occidente y al Sur de su territorio primitivo, ya sea innovando por su cuenta, bajo muchos aspectos. Pero hay que distinguir bien el castellano del romance hispánico en general y tampoco hay que identificarlo con todo el español, recordando que en este sistema (que puede definirse como el conjunto de dialectos que diptongan en toda posición las e y o abiertas y acentuadas del latín vulgar) se confunden también dialectos más conservadores, como el asturiano-leonés y el navarro-aragonés. y que el romance del Centro y del Sur de la Península mantuvo hasta la Reconquista características netamente conservadoras, coincidiendo con el portugués, el asturiano-leonés, el navarro-aragonés y el catalán, más bien que con el castellano. Es decir que hay que tener en cuenta que el castellano primitivo fué el dialecto de una pequeña zona de Hispania: el dialecto romance de Cantabria y luego también de la zona castellanizada de Burgos, entre el Duero y el alto Ebro. La peculiaridad del castellano (definida también por algún fenómeno de conservación, como la conservación de las finales, pero sobre todo por innovaciones) puede explicarse, según subraya Amado Alonso, por razones históricas muy antiguas. En efecto, la zona que constituye la cuna del castellano es una zona que fué romanizada imperfectamente y muy lentamente: casi doscientos años emplearon los Romanos para conquistarla definitivamente. En 56 a.C. los Cántabros luchan junto con los Vascos contra Roma y en 29 a.C. estalla una nueva gran sublevación de los Cántabros y Astures; la campaña contra ellos es dirigida personalmente por Augusto, en los años 26 y 25. Pero, a pesar de las victorias de Augusto, la sublevación no termina hasta el año 19, cuando la zona queda pacificada por Agripa, después de luchas muy sangrientas. Otras sublevaciones ocurrieron en 16 d.d.C. y la última se registró durante el reinado de Nerón.

Esa zona de altas montañas conservó cierta autonomía también después de la ocupación germánica, permaneciendo prácticamente independiente por unos 150 años, hasta que Leovigildo la incorporó al reino visigótico, en 574, y mantuvo también más tarde por lo menos un espíritu de rebeldía.

Lo que llamamos hoy "español" por antonomasia es, justamente, el castellano de la primera región castellanizada, el castellano de la zona de Burgos, una región tarde y mal romanizada y todavía revasconizada, en parte, en el siglo X. Por eso el castellano sería "el más ibérico de los romances peninsulares". La conclusión de Amado Alonso es que "una mens ibérica ha presidido el desarrollo del castellano", lo cual no deja de ser una exageración, ya que el castellano conserva, probablemente, costumbres articulatorias ibéricas pero, prácticamente, nada que afecte el sistema propiamente significativo de la lengua y, en particular, el sistema gramatical. El "iberismo" del español queda, pues, limitado al plano de la expresión; por eso la afirmación de Amado Alonso podría, quizás, aceptarse sólo si se identifica "mens" con "conciencia fonológica".

V. LA ESPAÑA PRELATINA.

Lenguas y pueblos de la antigua Iberia: Iberos, Tartesios, Celtas, Ligures, colonias fenicias y griegas.- Resultados actuales de la investigación lingüístico-arqueológica.- El problema y la posición del vascuence.- Elementos prerromanos conservados en español.

Hemos hecho hasta ahora la "prehistoria" del español exclusivamente desde el punto de vista del latín, es decir, partiendo desde Roma y llegando hasta la época germánica y de formación de las lenguas romances, que, por lo que se refiere a España, puede designarse, con un término de alcance más limitado, como "época visigótica". Retomaremos ahora el camino por la otra extremidad, es decir, desde el punto de vista del territorio en el que surgió y se desarrolló aquella forma particular de latín moderno que llamamos español, para llegar a la misma época, pero teniendo ahora en cuenta sólo una parte del latín: el latín que los colonizadores romanos llevaron a Iberia.

El primer problema que se nos propone es el del substrato particular del latín ibérico, o sea de las lenguas a las que el latín se sobrepuso en los territorios en que se formarían los romances hispánicos y en particular el español, de los pueblos que los Escipiones encontraron en Iberia cuando, a fines del siglo III a.C., durante la segunda guerra púnica, desembarcaron en Ampurias y emprendieron la conquista de la Península.

Sabemos, por las investigaciones lingüístico-arqueológicas, por una serie de documentos y también por algún testimonio explícito, como el de Estrabón, que no había en la Hispania prelatina ninguna unidad étnica ni lingüística. Pueblos indoeuropeos o indoeuropeizados, como los Celtas y los Celtiberos, convivían en la Península con pueblos no-indoeuropeos, como los Iberos no celtizados, los Vascones, Tartesios o Turdetanos, Lusitanos, Galaicos (Callaeci), Vaqueos (Vaccasi), etc. Había además, en las costas, colonias de Griegos y Fenicios (Cartagineses).

La exacta distribución de esos varios pueblos en la Península se ha ido aclarando cada vez más en estos últimos años, pero con ello han surgido, al mismo tiempo, nuevos problemas prehistóricos y también lingüísticos (y precisamente de prehistoria lingüística, es decir, de substrato).

En el Sur de la Península vivían los Tartesios o Turdetanos. En el Oriente y Nordeste, los Iberos, y al Noroeste de ellos los Vascones. En el centro, en el Occidente y en el Norte, vivían los Celtas y los Celtíberos, es decir, los Iberos y otros pueblos preindoeuropeos celtizados. En el actual Portugal central y en la actual Extremadura, vivían los Lusitanos; en la actual Galicia, los Galaicos. En el Norte vivían, probablemente, otras poblaciones por lo menos en parte indoeuropeizadas y que habían resistido a los Celtas: las que, con un nombre más bien ambiguo, suelen llamarse Ligures. En las montañas cantábricas vivían los pueblos de los Astures y Cántabros, quizás afines a los Ligures pero quizás no-indoeuropeizados o muy poco indoeuropeizados. Distribuidos en colonias y factorías comerciales en la costa sudoriental, vivían Griegos y Fenicios.

Eran colonias griegas: Rhodae (actualmente Rosas, en Cataluña), Emporiae (gr. Emporion, act. Ampurias) y, más al Sur, Hemeroscopion (act. Denia) y Lucentum (act. Alicante). Eran colonias fenicias: en las Baleares, Mago (lat. Portus Magonis, act. Mahón), así llamada por el nombre de un hijo de Asdrúbal o, según otros, de un hijo de Amílcar Barca; y, en la costa de la Península: Nova Carthago (act. Cartagena), la capital de Amílcar, Abdera (act. Adra), Carteia (act. Algeciras), Asido (act. Medinasidonia), Málaka ("factoría"- act. Málaga) y Gadir (lat. Gades, act. Cádiz).

Eran ciudades, sin duda, célticas: Segovia, en Castilla, que mantiene hasta la actualidad el mismo nombre, Ccnímbriga (act. Coimbra, en Portugal), Segóbriga (act. Segorbe, en Valencia), Bri-gantium (act. Betanzos, en Galicia) y varias otras. De más difícil

atribución étnica (quizás algunos de ellos célticos, pero con nombres precélticos) resultan, en cambio, los importantes centros de: Salduba (la romana Caesara Augusta > Zaragoza), Ilerda (Lérida), Saguntum (Sagunto), Córduba (Córdoba), Hispalis (Sevilla), Olisipo (Lisboa).

C-O-O

Varios de los pueblos que los Romanos encontraron en Iberia habían seguramente inmigrado a la Península, en épocas más o menos remotas. Empezaremos con los que inmigraron en época proto-histórica o casi histórica.

Los Celtas. Este pueblo indoeuropeo se encontraba en Hispania ya en el siglo V a.C., pues en ese siglo Herodoto señala su presencia en la Península. Las incursiones e infiltraciones célticas habrían empezado ya en el siglo IX a.C., pero la verdadera invasión se habría producido en el siglo VII a.C. La fecha, naturalmente, no es segura: lo único cierto es que los Celtas invadieron la Península antes del siglo V a.C. Una segunda invasión, (acerca de la cual, sin embargo, se tiene menor seguridad) se habría producido en el siglo III a.C. Eran poblaciones célticas las de Turnógidi, Berones, Pelendones, Arevaci, Lusones, Belli, Dittani, etc. cuyos nombres tienen etimología céltica; no lo eran, en cambio, los Gallaeci, a pesar de la superficial semejanza entre su nombre y el de los Galos.

Los Celtas se establecieron particularmente en el Noroeste y el centro de la Península, pero infiltraciones célticas hubo también hacia el Sur, en la zona de los Tartesios, y hacia Oriente, en la zona de los Iberos. Su dominación, muy probablemente, no fue pacífica, por lo menos en los primeros siglos: parece que al principio ellos constituyeran en el territorio ocupado sólo la clase dominante, de guerreros. En efecto, así lo indicarían los nombres de sus ciudades, casi todos compuestos con las palabras briga y dunum, que significan ambas "fortaleza, ciudad fortificada".

Los Griegos. No sabemos con exactitud cuándo se establecieron en España: probablemente en el siglo VII a.C., o, quizás, antes. Esos Griegos, que no procedían directamente de Grecia sino de las colonias griegas de Cuma y, sobre todo, de Massalia (act. Marsella), no colonizaron propiamente ni siquiera la costa, conformándose con establecer factorías para comerciar con el interior del País. Fueron los Griegos los que, por primera vez, dieron a conocer al mundo antiguo algo acerca de los límites y de la configuración geográfica de Iberia, y el primer periplo de la Península fué hecho por un griego de Marsella, Píteas, que salió del Mediterráneo, navegó hacia el Norte, a lo largo de las costas de Lusitania, Gallaecia y Galia y llegó hasta Inglaterra, o, quizás, más allá todavía. La dominación massaliota de las costas hispánicas fué truncada con la batalla naval de Alalia o Aleria (Córcega), en 537 a.C., en la cual los Massaliotas fueron derrotados por los Fenicios aliados con los Etruscos. Quedaron, sin embargo, las estaciones marítimas ya nombradas y los Griegos ejercieron un notable influjo cultural sobre los pueblos de la Península. Entre otras cosas, algunos alfabetos indígenas se derivaron del griego: así, por ej., el de la famosa inscripción ibérica llamada del plomo de Alcoy.

Los Fenicios. Ese pueblo semítico llegó a Hispania antes que los Celtas y los Griegos, pero, como éstos últimos, sólo para comerciar con los indígenas, estableciendo, a lo sumo factorías en la costa. Los comienzos de sus relaciones con Iberia se pierden en la prehistoria. Sabemos, en efecto, por la Biblia, que ya los Sidonios comerciaban con los Tartesios, enviando sus barcos a la legendaria ciudad de Tarsis o Tarshish (nombrada once veces en el Antiguo Testamento), de donde volvían cargados de oro, plata y plomo. No se sabe exactamente donde se encontraba Tarsis: las excavaciones arqueológicas realizadas en la desembocadura del río Baetis (Guadalquivir) no han dado hasta ahora resultado. Se sabe, en cambio, que alrededor de 1100 a.C. los Fenicios abandonaron su estación comercial de Tarsis y fundaron la nueva factoría ^{de} Gadir (Cá-

diz). Después de la decadencia de Sidón, la dirección de las colonias fenicias en Iberia fué tomada por Tiro, y, al caer esta última ciudad bajo los Persas, el dominio de las mismas pasó a Cartago, que era la principal y más poderosa colonia fenicia en el Mediterráneo occidental. Con los cartagineses, la colonización fenicia en Iberia cambió su carácter: se hizo más amplia y más profunda, volviéndose verdadero dominio de las costas. Se transformaron en verdaderas ciudades las factorías ya existentes, como Abdera (o Abdara), Carteia, Mainaca, y surgieron nuevos centros, como Mago y, sobre todo, Nova Carthago. Como ya se dijo, esta última fué la capital de Amílcar Barca; de esa misma ciudad salió Aníbal para su expedición a Italia. En cambio, es probable que no fueran cartaginesas sino, quizás, más bien ibéricas ciertas ciudades como Ruscino (Rosellón, fr. Roussillon), o Barcino (Barcelona: a pesar de la semejanza de su nombre con el nombre fenicio Barca).

o-o-o

Los demás pueblos de la antigua Iberia hay que considerarlos como indígenas o "autóctonos", por lo menos desde el punto de vista de la historia propiamente dicha. Es decir que, en lo que concierne a su eventual inmigración, nos encontramos en un terreno movedizo y podemos sólo adelantar hipótesis, más o menos justificadas y defendibles arqueológica y lingüísticamente.

Es dudoso, a la luz de las investigaciones más recientes, que los Iberos y los Vascos se encontraran ya en Hispania en la época de la civilización de Altamira, como se ha pretendido. Lo que parece más cierto - por lo menos según los substratistas - es que, antes de las inmigraciones céltica, griega y fenicia, habría que admitir en Hispania tres zonas distintas: la septentrional correspondería al llamado substrato cántabro-pirenaico: la oriental, a los Iberos, y la meridional a los Tartesios. La primera se relacionaría con el Sur de Francia y la zona alpina (v. más arriba los ejemplos de camuza y arrugia), constituyendo el llamado "substrato pirenaico-alpino" y correspondiendo a poblaciones que se suele llamar Ligures, quizás poblaciones "mediterráneas" (pre-